

HENNING MANKELL

LA FALSA PISTA



MAXI
TUSQUETS
EDITORES

 **SERIE
WALLANDER**

HENNING MANKELL
LA FALSA PISTA

Traducido del sueco por Dea Marie Mansten
y Amanda Monjonell Mansten

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

Empezó su transformación temprano, al amanecer.

Lo había planeado todo al detalle para que nada fracasase. Tardaría el día entero y no quería arriesgarse a tener problemas a causa del tiempo. Asió el primer pincel y lo alzó ante sí. Escuchaba los tambores que sonaban en la cinta, grabada por él, del radiocasete que estaba en el suelo. Contempló su cara en el espejo. Luego trazó las primeras líneas negras en la frente. Notó que tenía la mano firme, que no estaba nervioso, pese a que era la primera vez que se pintaba su camuflaje de guerrero. Lo que hasta ese momento había sido una huida, su manera de defenderse contra todas las injusticias a las que siempre había estado expuesto, se convertía ahora en realidad. Con cada línea que se pintaba en la cara parecía dejar atrás su vida anterior. Ya no había retorno posible. Precisamente esa noche el juego había acabado para siempre y se iría a una guerra en la que las personas debían morir de verdad.

La luz de la habitación era muy intensa. Había colocado los espejos con cuidado para evitar los reflejos. Al entrar en el cuarto y cerrar la puerta con llave, comprobó por última vez que no hubiese olvidado nada. Todo estaba en orden. Los pinceles bien lavados, las tacitas de porcelana con las pinturas, las toallas y el agua. Junto al torno estaban sus armas alineadas sobre una tela negra: las tres hachas, los cuchillos de diferentes medidas y los botes de aerosol. Pensó

que era la única decisión que todavía no había tomado, y antes de que anocheciera tendría que escoger el arma. No podía llevárselas todas. Sin embargo, sabía que la decisión se le ocurriría sin más en cuanto empezase con la transformación.

Antes de sentarse en el banco y comenzar a pintarse la cara, tocó con las yemas de los dedos los filos de las hachas y los cuchillos. No podían estar más afilados. Cayó en la tentación de apretar un poco más con uno de los cuchillos contra la yema del dedo y enseguida empezó a sangrar. Limpió el dedo y el filo del cuchillo con una toalla. Luego se sentó delante de los espejos.

Las primeras líneas en la frente debían ser negras. Era como si hiciera dos cortes profundos, abriera su cerebro y lo vaciara de todos los recuerdos y pensamientos que hasta el momento le habían acompañado, atormentado y humillado en su vida. Después seguiría con las líneas rojas y blancas, los círculos, los cuadrados, y finalmente los ornamentos ondulados de las mejillas. De su cutis blanco ya nada se vería. Y entonces la transformación estaría acabada. Lo que antes había existido desaparecería. Se habría reencarnado en un animal y nunca más hablaría como una persona. Pensó que no dudaría siquiera en cortarse la lengua si fuese necesario.

Empleó todo el día en completar la transformación. Poco después de las seis de la tarde, había acabado. Para entonces también había decidido llevarse el hacha más grande de las tres. Metió el mango en el grueso cinturón de cuero que llevaba en torno a la cintura. Allí tenía ya los dos cuchillos enfundados. Miró alrededor de la habitación. No había olvidado nada. Los botes de aerosol los había guardado en los bolsillos interiores de la chaqueta de cuero.

Contempló una última vez su cara en el espejo y sintió un escalofrío. Luego, y con mucho cuidado, se puso el casco de motorista, apagó la luz y salió de la habitación, descalzo, tal como había llegado.

A las nueve y cinco Gustav Wetterstedt bajó el volumen del televisor y llamó a su madre. Era una costumbre inveterada. Desde que dimitió de su cargo de ministro de Justicia, hacía más de veinticinco años, y abandonó las tareas políticas, veía todos los noticiarios de la televisión con disgusto y repugnancia. No podía hacerse a la idea de que él mismo ya no fuese protagonista de los medios de comunicación. Durante tantos años como ministro y personaje público destacado, solía aparecer en la televisión al menos una vez por semana. Había controlado minuciosamente que cada reportaje fuese grabado en vídeo por su secretario. Ahora tenía las cintas en su despacho y cubrían todo un lienzo de pared. En ocasiones las volvía a ver, pues para él era una fuente de eterna satisfacción darse cuenta de que, durante tantos años como ministro de Justicia, nunca había perdido los estribos ante una pregunta inesperada o capciosa de un periodista malintencionado. Con un sentimiento de profundo desprecio aún podía recordar el temor de muchos de sus colegas a los periodistas televisivos. Demasiadas veces empezaban a tartamudear y caer en contradicciones de las que nunca más podrían escapar. Pero a él nunca le había sucedido. Él era una persona a la que nadie podía tender redes. Los periodistas nunca le habían vencido. Y tampoco nunca habían descubierto su secreto.

Había encendido el televisor a las nueve para ver el resumen previo de las noticias. Luego bajó el volumen, descolgó el teléfono y llamó a su madre. Ella le había tenido cuando aún era muy joven. Ahora, con noventa y cuatro años y la cabeza muy clara, estaba aún llena de energía. Vivía sola en un apartamento grande en el centro de Estocolmo. Cada vez que levantaba el auricular y marcaba el número esperaba que no contestara. Puesto que él mismo pasaba de los setenta, había empezado a temer que ella le sobrevi-

viría. Lo que más deseaba era que ella muriese. Entonces se quedaría solo y no tendría que llamarla, pronto incluso olvidaría su aspecto.

Los tonos del teléfono sonaban. Contemplaba al mudo reportero de noticias mientras esperaba. Después del cuarto tono empezó a confiar en que finalmente hubiera muerto. En ese momento oyó su voz. Imprimió a la suya cierta suavidad al hablarle. Le preguntó cómo se encontraba, cómo había pasado el día. Cuando tuvo que admitir que todavía estaba viva, quiso hacer la conversación tan breve como fuese posible.

Acabó de hablar y se quedó sentado con la mano encima del auricular. «No se morirá», pensó. «No se morirá si no la mato.»

Permaneció sentado en la habitación silenciosa. Lo único que se oía era el rugido del mar y una solitaria motocicleta que pasaba por algún sitio cercano. Se levantó del sofá y se acercó al ventanal con vistas al mar. El ocaso era hermoso e impresionante. La playa que quedaba más allá de su jardín estaba desierta. «Las personas están delante de las teles», pensó. «Una vez estuvieron viéndome a mí agarrar a los periodistas por el cuello. Yo era ministro de Justicia por aquel entonces. Debía haber sido presidente del Gobierno. Pero nunca lo logré.»

Cerró las pesadas cortinas con cuidado para no dejar ninguna ranura. Aunque había intentado vivir muy discretamente en esta casa al este de Ystad, a veces ocurría que algunos curiosos le vigilaban. A pesar de que habían transcurrido veinticinco años desde su dimisión, aún no le habían olvidado del todo. Fue a la cocina y se sirvió una taza de café de un termo. Lo había comprado durante una visita oficial a Italia a finales de los años sesenta. Recordó vagamente que había ido a discutir mejoras en las subvenciones para evitar la expansión del terrorismo en Europa. Por todas partes conservaba en su casa recuerdos de su vida anterior. Mu-

chas veces había pensado deshacerse de todo, pero, al final, el solo esfuerzo le parecía carente de sentido.

Regresó al sofá con la taza de café. Con el mando a distancia apagó el televisor. Permaneció sentado en la penumbra pensando en el día que acababa. Por la mañana le había visitado una periodista, de una de las revistas mensuales más importantes, que hacía una serie de reportajes sobre personas conocidas y su vida como pensionistas. Nunca llegó a averiguar por qué le habían escogido a él. Había venido con un fotógrafo y tomaron varias fotos tanto en la playa como en el interior de la casa. De antemano él había decidido aparentar ser un hombre mayor repleto de indulgencia y espíritu de reconciliación. Habló de su vida actual como de una existencia muy feliz. Vivía apartado para poder meditar, y dejó entrever con fingida timidez que estaba considerando la posibilidad de escribir sus memorias. La periodista, que rondaba los cuarenta, se dejó impresionar y parecía llena de sumiso respeto. Después les acompañó, a ella y al fotógrafo, hasta el coche y les despidió saludando con la mano.

Satisfecho, pensó que había evitado decir una sola verdad durante la entrevista. Eso también era una de las pocas cosas que todavía le interesaban: engañar sin ser descubierta. Hacer ver y divulgar ilusiones. Después de tantos años como político había comprendido que lo único que quedaba era la mentira. La verdad disfrazada de mentira o la mentira encubierta de verdad.

Se acabó el café lentamente. La sensación de bienestar iba en aumento. Las tardes y las noches eran sus horas preferidas. Entonces los pensamientos se alejaban, los recuerdos de lo que una vez fue y de lo que había perdido. Lo más importante, sin embargo, nadie se lo había arrebatado. El secreto ulterior, el que nadie más que él mismo conocía.

A veces pensaba en sí mismo como en la imagen de un espejo cóncavo y convexo al mismo tiempo. Como persona tenía la misma dualidad. Nadie había visto nunca más allá

de la superficie, el jurista hábil, el respetado ministro de Justicia, el pensionista indulgente que paseaba por la playa de Escania. Nadie podía imaginar que era su propio doble. Había saludado a reyes y a presidentes, había inclinado la cabeza, pero por dentro pensaba «sí supierais quién soy en realidad y lo que pienso de vosotros...». Cuando estaba ante las cámaras de televisión siempre tenía ese pensamiento delante de él —«sí supierais quién soy y lo que pienso de vosotros»—, en el lugar más alejado de su mente. Pero nadie lo había captado nunca. Su secreto: odiaba y despreciaba el partido al que representaba, las opiniones que defendía y a la mayoría de las personas con las que se encontraba. Su secreto quedaría oculto hasta su muerte. Había descubierto las intenciones del mundo, identificado su miseria, visto la inutilidad de la existencia. Pero nadie conocía su opinión y así continuaría siendo. Jamás había sentido la necesidad de compartir lo que había visto y comprendido.

Sintió un creciente bienestar ante lo que le esperaba. Al día siguiente sus amigos vendrían a casa, poco después de las nueve de la noche, en el Mercedes negro de cristales ahumados. Entrarían directamente en su garaje y él estaría aguardando su visita en la sala de estar con las cortinas corridas, igual que ahora. Notó que su expectación aumentaba de inmediato al empezar a imaginar el aspecto de la chica que le traerían esta vez. Les había informado de que últimamente habían sido muchas rubias. Algunas incluso demasiado mayores, de más de veinte años. Ahora deseaba una joven, mejor de raza mestiza. Sus amigos esperarían en el sótano, donde había colocado un televisor, mientras él se llevaba a la muchacha a su dormitorio. Antes del amanecer se habrían marchado y él ya estaría pensando en la chica que vendría la semana próxima. Pensar en el día siguiente le excitó tanto que se levantó del sofá y se fue a su despacho. Antes de encender la luz corrió las cortinas. Por un momento le pareció ver la sombra de una persona abajo en

la playa. Se quitó las gafas y entornó los ojos. A veces ocurría que alguien paseaba de noche precisamente por delante de su terreno. Incluso en alguna ocasión se había visto obligado a llamar a la policía de Ystad para quejarse de los jóvenes que encendían fuego y alborotaban en la playa. Tenía buenas relaciones con la policía de Ystad. Siempre venían enseguida y dispersaban a los que le molestaban. A menudo pensaba que nunca se habría podido imaginar los conocimientos y contactos que conseguiría por el hecho de ser ministro de Justicia. No sólo había aprendido a comprender la especial mentalidad que rige en el cuerpo policial sueco. Poco a poco también había hecho amigos en puntos estratégicos dentro de la maquinaria de la justicia sueca. Igual de importantes habían sido los contactos establecidos dentro del mundo del crimen. Había delincuentes inteligentes, tanto individuos solitarios como líderes de grandes sindicatos del crimen que se habían convertido en sus amigos. Aunque todo había cambiado mucho en los veinticinco años transcurridos desde su dimisión, todavía disfrutaba de sus viejos contactos. Sobre todo de los amigos que se ocupaban de que cada semana le visitase una chica de una edad adecuada.

La sombra de la playa había sido mera imaginación. Arregló la cortina y abrió uno de los cajones del escritorio heredado de su padre, el temido catedrático de derecho. Sacó una carpeta de aspecto caro y preciosamente ornamentada y la abrió sobre el escritorio. Con lentitud, casi con veneración, hojeó la colección de imágenes pornográficas de los primerísimos años del arte fotográfico. La imagen más antigua de todas era una rareza, un daguerrotipo de 1855 que había comprado en París. Representaba a una mujer desnuda abrazando a un perro. Su colección era bien conocida entre el exclusivo grupo de hombres, desconocido ante los ojos del mundo, que compartían su interés. Su colección de imágenes de la década de 1890 de Lecadre sólo

era superada por la colección de un anciano magnate de la industria siderúrgica de la zona del Ruhr, en Alemania. Lentamente pasaba las hojas plastificadas del álbum. Permanecía más tiempo contemplando las páginas donde los modelos eran muy jóvenes y en las que sus ojos delataban el influjo de las drogas. Muchas veces se había arrepentido de no haberse dedicado a la fotografía. Si lo hubiese hecho podría poseer una colección única.

Cuando acabó de repasar el álbum volvió a guardarlo bajo llave en el escritorio. Sus amigos le habían prometido que después de su muerte ofrecerían las imágenes a un anticuario de París especializado en ese tipo de ventas. Luego los beneficios irían a parar al fondo para jóvenes juristas que ya había creado pero que no empezaría a funcionar hasta que falleciese. Apagó la lámpara del escritorio y continuó sentado en la penumbra de la habitación. El murmullo del mar era muy débil. De nuevo le pareció oír el paso de una motocicleta por algún sitio en la cercanía. Todavía le costaba imaginarse su propia muerte, a pesar de que ya tenía más de setenta años. En dos ocasiones, de viaje por Estados Unidos, había conseguido poder asistir, de forma anónima, a ejecuciones, una vez en la silla eléctrica y la otra en la ya cada vez más en desuso cámara de gas. Ver ejecutar a aquellas personas había sido una vivencia con extrañas sensaciones de placer. Pero su propia muerte no se la podía imaginar. Salió del despacho y se sirvió una copita de licor del bar de la sala de estar. Era ya casi medianoche. Sólo le faltaba dar un pequeño paseo hasta el mar antes de acostarse. Se puso una chaqueta en el recibidor, metió los pies en unos gastados zuecos y abandonó la vivienda.

El aire estaba en calma. Su casa se hallaba situada en un lugar tan solitario que no veía las luces de ningún vecino. Los coches de la carretera de Kåseberga rugían en la lejanía. Siguió el camino, que atravesaba el jardín, hasta la puerta cerrada con llave que daba a la playa. Para su enojo descu-

brió que el farol situado en un poste junto a la puerta no funcionaba. La playa le esperaba. Buscó las llaves y abrió la puerta. Recorrió el corto trayecto hasta la playa y se detuvo en la orilla. El mar estaba quieto. Lejos, en el horizonte, vio las luces de un barco con rumbo al oeste. Se desabotonó la bragueta y orinó en el agua, a la vez que fantaseaba sobre la visita que tendría al día siguiente.

Sin haber escuchado nada, de repente supo que alguien estaba detrás de él. Se quedó petrificado y notó cómo el temor le invadía. Luego se volvió con rapidez.

El hombre que estaba allí parecía un animal. Aparte de unos pantalones cortos, iba desnudo. En un instante de horror histérico, el hombre mayor miró su cara. No podía determinar si estaba desfigurado o si se escondía detrás de una máscara. En una mano llevaba un hacha. Pensó, confuso, que la mano que asía el mango del arma era muy pequeña, que el hombre le recordaba a un enano.

Luego profirió un grito y echó a correr hacia la puerta del jardín.

Murió en el mismo instante en que el hacha le partió la columna vertebral en dos, un poco por debajo de los omóplatos. No sintió cómo el hombre, que tal vez fuera un animal, se arrodilló y le hizo un corte en la frente y, de un tirón violento, le arrancó la mayor parte del pelo y la piel de la coronilla.

Era justo pasada la medianoche.

Era martes 21 de junio.

Una solitaria motocicleta se puso en marcha en algún lugar cercano. Poco después el ruido se desvaneció.

De nuevo todo estaba en silencio.